

BIBLIOGRAFIA

P. PEDRO DE MERCADO, S. J.: *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús, Bogotá, (Colombia).*

Biblioteca de la Presidencia de la República, 4 vols. 1957.

"Gracias al Doctor Jorge Luis Arango ha sido rescatada esta obra para la cultura patria". Así termina el Padre Juan Manuel Pacheco, S. J., su breve prólogo de introducción a la Historia del P. Mercado, que acaba de entregarnos la Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia. Con las mismas palabras de gratitud queremos comenzar esta rápida nota bibliográfica.

La Historia del P. Mercado tiene especial valor. No sólo por razón de que el periodo que abarca, hasta 1683, era el menos conocido; sino sobre todo porque esta historia, hasta hoy inédita y desconocida, era la fuente común de los grandes historiadores jesuíticos del siglo XVIII.

Así lo confiesa el P. José de Rivero (pp.), igualmente el P. Gumilla en su *Orinoco Ilustrado* (Prólogo, p. 2) La misma obra de Cassani no es más que un resumen corregido y acrisolado de la Historia del P. Mercado, que ahora venimos a conocer.

La obra de este jesuita criollo, (era natural de Riobamba, Ecuador) está muy lejos de satisfacer a los gustos de modernos críticos e historiadores. Resentirán ellos el excesivo afán de encontrar noticias edificantes, o el criterio de selección primordialmente apologetico y panegirista. Sin embargo la obra del P. Mercado es demasiado valiosa por razón de los aspectos anotados arriba para que no sepamos prescindir de sus defectos. El nos abre en su historia, el secreto a muchas noticias que orilladas por los historiadores jesuitas sus sucesores, es sólo él quien ha sabido conservárnoslas.

A pesar de que relativamente es poco lo que escribe el P. Mercado sobre las actividades jesuíticas en nuestra Patria, son valiosísimos los datos que aporta y que vienen a corregir y precisar lo que sabíamos.

La historia del Colegio de Mérida viene a revelárenos con nuevos trazos, al enterarnos cómo fueron los Padres Pedro Veraiz y J. de Cabrera, misioneros itinerantes hacia Caracas y de paso por Mérida, los que supieron captar las voluntades de los merideños, hasta que lograron la fundación del primogénito de los Colegios jesuíticos en Venezuela. Los primeros días de la fundación, cuando aún deben de vivir los Padres en casa ajena, y la impresión que su presencia y doctrina produce en la Ciudad de los

Caballeros se deja adivinar, a la luz del relato del P. Mercado. Naturalmente la vida y desarrollo del colegio merideño, fundado a 14 de mayo de 1628, viene necesariamente a completarla el P. Mercado. Conserváramos el Libro de Consultas del Colegio que abarcaba los años 1691 a 1762; nuestro historiador que termina su relato con el año 1683, casi empalma con la fuente anterior.

Las misiones circulares por tierras venezolanas, que primeramente partían de Santa Fé y luego de Mérida, encuentran amplio eco en las páginas de Mercado, quien gusta espigar en esas correrías misionales, ejemplos edificantes muy del gusto barroco de la época. Algo se podría extraer de los que nos narra como sucedido al paso de las varias binas jesuíticas por el Tocuyo, Trujillo, Barquisimeto, Carora, y sobre todo de sus actividades en Caracas. Pero bastará con lo que hace poco en estas mismas páginas, se entresacaba sobre las actividades de los Jesuitas en la ciudad de Trujillo.

El nivel científico logrado por los jesuitas de Mérida, se podrá coleccionar al enterarnos de que fue su Rector por 18 años, el P. Domingo Molina (Mollinelli) jesuita genovés que había sido Lector de Teología de la Cátedra de Prima, de Santa Fé de Bogotá, y quien incluso llegó a recibir patente de Provincial de los Jesuitas del Nuevo Reino. Igualmente al conocer las dotes de moralista y estilista latino del cuarto Rector merideño, el criollo, (de Tunja) P. Diego Solano. Como así mismo al enterarnos de que allí vivieron como profesores el milanés P. José Dadei, poliglota insigne; el navarro P. José Gregorio (Erigoyen) predicador notabilísimo, etc. Así comprendemos por qué Mérida encuentra en los jesuitas sus consultores en casos difíciles.

Pero sobre todo nos hace retrotraer hasta la fecha tan temprana de 1614, las actividades jesuíticas en nuestra Patria. Fecha que sabremos apreciar mejor al reflexionar que la Compañía no estableció sus primeras casas en el Nuevo Reino hasta 1605, y no fue constituida Provincia independiente hasta el año siguiente de 1605. La experiencia misionera en Venezuela de los Padres Vicente Imperial y Bernabé de Rojas, ese año de 1614, y que el P. Mercado nos relata tan ampliamente, nos hablan muy elocuentemente del interés espiritual por Venezuela, que tan pronto hizo vincular la Compañía en nuestra Patria.

Las actividades jesuíticas en Venezuela, a lo largo de su otra línea de penetración, el Orinoco, viene a quedar iluminada por la Historia del P. Mercado. Venimos a saber cómo la gran empresa misionera del P. Mesland tuvo su comienzo en el río Guarapiche, allá por los años de 1654. Este dato no sólo adelanta diez años las correrías apostólicas de este jesuita francés en nuestra Patria, sino que lo constituye el primer misionero que conocen las actuales tierras del Estado Monagas. Sus esfuerzos en el Guarapiche, entre trabajos increíbles, no sólo lograron la formación de las primeras cristiandades de Monagas;

sino que llegaron a tener más amplitud al lograr el Padre Mesland la cooperación del P. Pedro Pelleprat. La índole de esta penetración de jesuitas franceses viene a revelárenos mejor, al hacerse claro cómo se originaba en la próxima isla de Martinica, y no en Cayena según se había supuesto.

La penetración del P. Dionisio Mesland en Guayana, después de la experiencia misional del Guarapiche, en fuerza de las repetidas invitaciones del Gobernador, viene a lograr una secuencia armónica y sin el embarazo de inquietantes dudas, al seguir el relato del P. Mercado. Pero sobre todo nos complacemos en constatar la fundación de dos pueblos misionales: Belén y San Juan, por el mismo P. Mesland, quien así viene a reclamar sin lugar a duda, el puesto de honor de ser el primer misionero en comenzar la epopeya fundacional de las misiones de Guayana, que tan gloriosamente irían a culminar los Padres Capuchinos Catalanes. Sus actividades orinoquenses, que vemos extenderse por más de diez años, vienen a comprenderse mejor y sobre todo las interrupciones que sufrieran por razón de los recelos provocados por su nacionalidad francesa entre los vecinos españoles.

La odisea del P. Antonio de Monteverde, en busca de Mesland según le habían comisionado sus Superiores, viene a clarificar la aparición de este genial misionero jesuita, el primer gran misionero jesuita del Orinoco. Monteverde (Antoine du Mont Verd) era francés de Picardía y no alemán como hasta ahora se suponía. Venía con cargo de Superior de la Misión de Ovantique, (Antica según creemos), el islote fronterizo a la región del Guarapiche que hemos visto misionada por Mesland y Pelleprat. Seguramente obedecía ese nombramiento, a instancias del P. Pelleprat que después de pasar algún tiempo en Guarapiche a

raíz de la marcha de Guayana de Mesland, volvió a Francia y allí publicó un libro relatando sus experiencias misionales. Tempestades y acciones bélicas le llevan al P. Monteverde en peregrinación por las islas de Barlovento, hasta aportar en La Habana. Al fin allí se entera del paradero de Mesland, entre los misioneros jesuitas del Nuevo Reino. Por Maracaibo y no por Orinoco como se creía, entra Monteverde en Venezuela rumbo al Casanare y Orinoco. Allí va a cumplir la gran obra misional de su genio organizador, desde allí va a lograr su gran visión al concebir el primero al Orinoco como la arteria vital de penetración para las nacientes misiones, su plan logrará despertar el ardor misionero de los jóvenes jesuitas y lucidos escolares de la Universidad Javeriana, sus realizaciones irán forjando pueblos y domando indios rebeldes, sus méritos le harán llegar hasta el Superiorato de las Misiones de la Compañía.

El P. Mercado viene a enriquecer la nómina de jesuitas nativos de Venezuela, enraizando así aún más a los Hijos de San Ignacio con nuestra tierra generosa. Pero mejor será no adelantar nombres pues bien sé que se prepara un estudio sobre todos esos jesuitas de la antigua Compañía de Jesús.

Algo más pudiéramos espigar en las vidas de los Padres Ellauri, Fiol, Beck, Teobast, etc., misioneros todos del Orinoco. Baste con lo que hemos reseñado. Felicitemonos de la publicación al fin, después de más de dos siglos, de esa obra del P. Mercado, la menos afortunada de las que salieron de su pluma. Bastante más de dos docenas de obras ascéticas y espirituales, reseña el prólogo del P. Pacheco, al completar la lista de Sommervogel.

H. G. O.

